

The illustration depicts a small, rustic cottage with a dark roof and a prominent chimney on the left. The house is partially covered in green ivy. Two windows with dark frames are visible, glowing from within. In the foreground, a simple wooden chair sits on a cobblestone path. To the right, a man in a dark coat and hat stands in the open doorway, looking out. The sky is a mix of warm orange and cool blue, suggesting dusk. The overall style is painterly and atmospheric.

James Joyce

La Casa de Huéspedes

E LEJANDRIA

The book cover features a detailed illustration of a small, ivy-covered cottage at sunset. A man in a dark coat and hat stands in the open doorway, silhouetted against the warm, golden light of the setting sun. The sky is filled with soft, colorful clouds in shades of orange, yellow, and pink. A large, dark chimney is visible on the left side of the roof. The foreground shows a stone path leading to the steps of the doorway, with a wooden chair placed on the left. The overall atmosphere is nostalgic and evocative.

James Joyce

La Casa de Huéspedes

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CASA DE HUÉSPEDES

JAMES JOYCE

**PUBLICADO: 1914
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA
EDICIÓN: B. W. HUEBSCH, NEW YORK, 1917**

LA CASA DE HUÉSPEDES

La señora Mooney era hija de un carnicero. Era una mujer que sabía guardarse las cosas para sí misma: una mujer decidida. Se había casado con el capataz de su padre y había abierto una carnicería cerca de Spring Gardens. Pero tan pronto como su suegro murió, el señor Mooney comenzó a irse al diablo. Bebía, saqueaba la caja, se endeudaba desmesuradamente. No servía de nada hacerle tomar la promesa de abstinencia: seguro que recaía unos días después. Al pelear con su esposa frente a los clientes y comprar carne de mala calidad, arruinó su negocio. Una noche se lanzó contra su esposa con el cuchillo de carnicero y ella tuvo que dormir en la casa de un vecino.

Después de eso, vivieron separados. Ella fue al sacerdote y obtuvo una separación de él con la custodia de los niños. No le daría ni dinero, ni comida, ni alojamiento; así que él se vio obligado a enlistarse como ayudante del alguacil. Era un borracho desaliñado y encorvado, con cara blanca, bigote blanco y cejas blancas, perfiladas sobre sus pequeños ojos, que estaban enrojecidos y en carne viva; y todo el día se sentaba en la oficina del alguacil, esperando ser asignado a un trabajo. La señora Mooney, que había sacado lo que quedaba de su dinero del negocio de la carnicería y había montado una casa de huéspedes en Hardwicke Street, era una mujer grande e imponente. Su casa tenía una población flotante compuesta por turistas de Liverpool y la Isla de Man y, ocasionalmente, artistas de los music-halls. Su población residente estaba formada por empleados de oficina de la ciudad. Gobernaba la casa astutamente y con firmeza, sabía cuándo dar crédito,

cuándo ser severa y cuándo dejar pasar las cosas. Todos los jóvenes residentes la llamaban La Señora.

Los jóvenes de la señora Mooney pagaban quince chelines a la semana por alojamiento y comida (cerveza o stout en la cena excluidas). Compartían gustos y ocupaciones comunes y, por esta razón, eran muy amigos entre ellos. Discutían entre sí las probabilidades de favoritos y forasteros. Jack Mooney, el hijo de La Señora, que era empleado de un agente de comisiones en Fleet Street, tenía la reputación de ser un tipo duro. Le gustaba usar obscenidades de soldados: por lo general, llegaba a casa en las primeras horas de la mañana. Cuando se encontraba con sus amigos, siempre tenía una buena historia que contarles y siempre estaba al tanto de algo bueno, es decir, un caballo prometedor o un artista prometedor. También era hábil con los guantes de boxeo y cantaba canciones cómicas. Los domingos por la noche a menudo había una reunión en el salón de La Señora. Los artistas de los music-halls se prestaban; y Sheridan tocaba valeses y polkas y acompañaba improvisadamente. Polly Mooney, la hija de La Señora, también cantaba. Ella cantaba:

—Soy una... chica traviesa.

No hace falta que finjas:

Sabes que lo soy.

Polly era una chica delgada de diecinueve años; tenía cabello suave y claro y una boca pequeña y llena. Sus ojos, que eran grises con un matiz de verde, tenían la costumbre de mirar hacia arriba cuando hablaba con alguien, lo que la hacía parecer una pequeña Madonna perversa. La señora Mooney había enviado a su hija a ser mecanógrafa en la oficina de un comerciante de cereales, pero, como un alguacil deshonesto solía venir día por medio a la oficina, pidiendo hablar con su hija, la había traído de vuelta a casa y la había puesto a hacer las tareas domésticas. Como Polly era muy animada, la intención era darle libertad con los jóvenes. Además, a los jóvenes les gusta sentir que hay una joven no muy lejos. Polly, por supuesto, coqueteaba con los jóvenes, pero la señora Mooney, que era una astuta juez, sabía que los jóvenes solo estaban

pasando el tiempo: ninguno de ellos tenía intenciones serias. Las cosas siguieron así durante mucho tiempo y la señora Mooney comenzó a pensar en enviar a Polly de vuelta a la mecanografía cuando notó que algo estaba sucediendo entre Polly y uno de los jóvenes. Observó a la pareja y guardó silencio.

Polly sabía que la estaban vigilando, pero aun así el persistente silencio de su madre no podía ser malinterpretado. No había habido complicidad abierta entre madre e hija, ni entendimiento abierto, pero, aunque la gente en la casa comenzó a hablar del asunto, la señora Mooney no intervino. Polly comenzó a comportarse de manera un poco extraña y el joven evidentemente estaba perturbado. Finalmente, cuando juzgó que era el momento adecuado, la señora Mooney intervino. Trataba los problemas morales como un cuchillo de carnicero trata la carne: y en este caso ya había tomado una decisión.

Era una luminosa mañana de domingo de principios de verano, prometiendo calor, pero con una brisa fresca soplando. Todas las ventanas de la casa de huéspedes estaban abiertas y las cortinas de encaje se inflaban suavemente hacia la calle bajo las ventanas levantadas. El campanario de la iglesia de San Jorge lanzaba constantes repiques y los feligreses, solos o en grupos, cruzaban el pequeño circo frente a la iglesia, revelando su propósito tanto por su comportamiento contenido como por los pequeños volúmenes en sus manos enguantadas. El desayuno había terminado en la casa de huéspedes y la mesa del comedor estaba cubierta de platos en los que yacían manchas amarillas de huevos con trozos de grasa y corteza de tocino. La señora Mooney se sentó en la silla de paja y observó a la sirvienta Mary retirar los restos del desayuno. Hizo que Mary recogiera las cortezas y trozos de pan roto para ayudar a hacer el pudín de pan del martes. Cuando la mesa estuvo despejada, el pan roto recogido, el azúcar y la mantequilla a salvo bajo llave, comenzó a reconstruir la entrevista que había tenido la noche anterior con Polly. Las cosas eran como ella había sospechado: había sido franca en sus preguntas y Polly había sido franca en sus respuestas. Ambas habían estado algo incómodas, por supuesto. Ella había estado incómoda por no querer recibir la

noticia de manera demasiado desenfadada o parecer que había conspirado y Polly había estado incómoda no solo porque las alusiones de ese tipo siempre la ponían incómoda, sino también porque no quería que se pensara que en su sabia inocencia había adivinado la intención detrás de la tolerancia de su madre.

La señora Mooney miró instintivamente el pequeño reloj dorado en la repisa de la chimenea tan pronto como se dio cuenta, a través de su ensimismamiento, de que las campanas de la iglesia de San Jorge habían dejado de sonar. Eran las once y diecisiete: tendría tiempo de sobra para hablar con el señor Doran y luego tomar el tren de las doce en Marlborough Street. Estaba segura de que ganaría. Para empezar, tenía todo el peso de la opinión social de su lado: era una madre ultrajada. Había permitido que él viviera bajo su techo, suponiendo que era un hombre de honor, y él simplemente había abusado de su hospitalidad. Tenía treinta y cuatro o treinta y cinco años, por lo que la juventud no podía ser su excusa; ni la ignorancia podía ser su excusa, ya que era un hombre que había visto algo del mundo. Simplemente había aprovechado la juventud e inexperiencia de Polly: eso era evidente. La pregunta era: ¿qué reparación haría?

En tal caso debe haber reparación. Todo está muy bien para el hombre: él puede seguir su camino como si nada hubiera pasado, habiendo tenido su momento de placer, pero la chica tiene que soportar las consecuencias. Algunas madres se contentarían con arreglar un asunto así por una suma de dinero; ella había conocido casos de eso. Pero ella no lo haría. Para ella, solo una reparación podía compensar la pérdida del honor de su hija: el matrimonio.

Contó todas sus cartas nuevamente antes de enviar a Mary a la habitación del señor Doran para decirle que deseaba hablar con él. Estaba segura de que ganaría. Era un joven serio, no descarado ni ruidoso como los otros. Si hubiera sido el señor Sheridan o el señor Meade o Bantam Lyons, su tarea habría sido mucho más difícil. No creía que él enfrentara la publicidad. Todos los huéspedes de la casa sabían algo del asunto; algunos habían inventado detalles. Además, había estado empleado durante trece años en la oficina de un gran comerciante de vinos católico y la publicidad podría

significar para él, quizás, la pérdida de su trabajo. En cambio, si aceptaba, todo podría ir bien. Sabía que tenía un buen sueldo por un lado y sospechaba que tenía algo de dinero guardado.

¡Casi la media hora! Se levantó y se miró en el espejo del tocador. La expresión decidida de su gran rostro florido la satisfizo y pensó en algunas madres que conocía que no podían deshacerse de sus hijas.

El señor Doran estaba muy ansioso aquella mañana de domingo. Había intentado afeitarse dos veces, pero su mano estaba tan inestable que se había visto obligado a desistir. Una barba rojiza de tres días bordeaba sus

mandíbulas y cada dos o tres minutos se formaba una neblina en sus gafas, por lo que tenía que quitárselas y pulirlas con su pañuelo. El recuerdo de su confesión de la noche anterior era una causa de agudo dolor para él; el sacerdote había sacado hasta el último detalle ridículo del asunto y al final había magnificado tanto su pecado que casi se sentía agradecido de que se le ofreciera una salida de reparación. El daño estaba hecho. ¿Qué podía hacer ahora sino casarse con ella o huir? No podía enfrentarlo con valentía. El asunto seguramente se hablaría y su empleador se enteraría. Dublín es una ciudad tan pequeña: todos conocen los asuntos de los demás. Sintió que el corazón le daba un vuelco en la garganta al escuchar en su imaginación excitada al viejo señor Leonard llamándolo con su voz rasposa: "Mande al señor Doran aquí, por favor."

¡Todos sus largos años de servicio desperdiciados! ¡Toda su industria y diligencia tiradas por la borda! Cuando era joven, había sembrado su avena salvaje, por supuesto; había alardeado de su libre pensamiento y negado la existencia de Dios a sus compañeros en los pubs. Pero eso ya había pasado y terminado... casi. Todavía compraba un ejemplar del Reynolds's Newspaper cada semana, pero cumplía con sus deberes religiosos y durante nueve décimas partes del año llevaba una vida regular. Tenía dinero suficiente para asentarse; no era eso. Pero la familia la despreciaría. Primero estaba su padre deshonoroso y luego la casa de huéspedes de su

madre estaba empezando a adquirir cierta fama. Tenía la sensación de que lo estaban engañando. Podía imaginarse a sus amigos hablando del asunto y riéndose. Ella era un poco vulgar; a veces decía "I seen" y "If I had've known." Pero ¿qué importaría la gramática si realmente la amara? No podía decidir si gustarle o despreciarla por lo que había hecho. Por supuesto, él también lo había hecho. Su instinto le instaba a mantenerse libre, a no casarse. Una vez que te casas, estás acabado, le decía.

Mientras estaba sentado impotente al borde de la cama en camisa y pantalones, ella llamó suavemente a su puerta y entró. Le contó todo, que se lo había confesado a su madre y que su madre hablaría con él esa mañana. Ella lloró y le echó los brazos al cuello, diciendo:

—¡Oh, Bob! ¡Bob! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Dijo que se pondría fin a sí misma. Él la consoló débilmente, diciéndole que no llorara, que todo estaría bien, que no tuviera miedo. Sentía contra su camisa la agitación de su pecho. No era del todo culpa suya que hubiera sucedido. Recordaba bien, con la curiosa memoria paciente del célibe, las primeras caricias casuales que su vestido, su aliento, sus dedos le habían dado. Luego, una noche tarde, cuando se estaba desnudando para acostarse, ella llamó a su puerta, tímidamente. Quería encender su vela en la suya porque la suya se había apagado por una ráfaga. Era su noche de baño. Llevaba una chaqueta suelta de franela estampada. Su peine blanco brillaba en la abertura de sus zapatillas de piel y la sangre brillaba cálidamente detrás de su piel perfumada. De sus manos y muñecas también, mientras encendía y estabilizaba su vela, surgía un tenue perfume.

Las noches en que él llegaba muy tarde, era ella quien le calentaba la cena. Apenas sabía lo que estaba comiendo, sintiéndola a su lado, sola, de noche, en la casa durmiente. ¡Y su consideración! Si la noche estaba fría, húmeda o ventosa, siempre había un pequeño vaso de ponche listo para él. Quizás podrían ser felices juntos...

Solían subir juntos las escaleras de puntillas, cada uno con una vela, y en el tercer rellano intercambiaban reluctantes buenas noches. Solían besarse. Recordaba bien sus ojos, el toque de su mano y su delirio...

Pero el delirio pasa. Repitió su frase, aplicándola a sí mismo: "¿Qué voy a hacer?" El instinto del célibe le advirtió que se contuviera. Pero el pecado estaba allí; incluso su sentido del honor le decía que debía hacerse una reparación por tal pecado.

Mientras estaba sentado con ella al borde de la cama, Mary llegó a la puerta y dijo que la señora quería verlo en el salón. Se levantó para ponerse el abrigo y el chaleco, más impotente que nunca. Cuando estuvo vestido, se acercó a ella para consolarla. Todo estaría bien, no tuviera miedo. La dejó llorando en la cama y gimiendo suavemente: "¡Oh, Dios mío!"

Bajando las escaleras, sus gafas se empañaron tanto que tuvo que quitárselas y pulirlas. Deseaba ascender por el techo y volar a otro país donde nunca volvería a oír hablar de su problema, y sin embargo una fuerza lo empujaba escaleras abajo paso a paso. Los implacables rostros de su empleador y de La Señora observaban su incomodidad. En el último tramo de escaleras pasó junto a Jack Mooney, que subía desde la despensa con dos botellas de Bass. Se saludaron fríamente; y los ojos del amante se posaron por un segundo o dos en una cara gruesa de bulldog y un par de brazos gruesos y cortos. Cuando llegó al pie de la escalera, miró hacia arriba y vio a Jack observándolo desde la puerta del cuarto de servicio.

De repente recordó la noche en que uno de los artistas del music-hall, un pequeño londinense rubio, había hecho una alusión bastante libre a Polly. La reunión casi se rompió por la violencia de Jack. Todos intentaron calmarlo. El artista del music-hall, un poco más pálido de lo habitual, seguía sonriendo y diciendo que no había mala intención: pero Jack seguía gritándole que si algún tipo intentaba ese tipo de juego con su hermana, le haría tragar los dientes, eso haría.

Polly se sentó un rato al borde de la cama, llorando. Luego se secó los ojos y se acercó al espejo. Mojó el extremo de la toalla en la jarra de agua y refrescó sus ojos con el agua fría. Se miró de perfil y reajustó un pasador sobre su oreja. Luego volvió a la cama y se sentó a los pies. Observó las almohadas durante mucho tiempo y la vista de ellas despertó en su mente recuerdos secretos y amables. Apoyó la nuca contra el fresco barrote de hierro de la cama y se sumió en una ensoñación. Ya no había perturbación visible en su rostro.

Esperaba pacientemente, casi alegremente, sin alarmarse, sus recuerdos dando paso gradualmente a esperanzas y visiones del futuro. Sus esperanzas y visiones eran tan intrincadas que ya no veía las almohadas blancas en las que su mirada estaba fija ni recordaba que estaba esperando algo.

Finalmente escuchó a su madre llamándola. Se levantó de un salto y corrió hacia la barandilla.

—¡Polly! ¡Polly!

—¿Sí, mamá?

—Baja, querida. El señor Doran quiere hablar contigo.

Entonces recordó por qué había estado esperando.

1. [La casa de huéspedes - James Joyce](#)
2. [LA CASA DE HUÉSPEDES](#)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**